

LA AUTODONACIÓN DE DIOS EN CRISTO

JOSÉ M^o CASCIARO

Preliminares

«Toda dádiva generosa y todo don perfecto descende del Padre de las luces»¹. El primero de los dones es la llamada a la existencia, la creación. Es una iniciativa libérrima de Dios. El Ps 104 es un cántico a la sabiduría de Dios por la creación, contemplada en sus seres, desde los cielos y la tierra a todas las criaturas con que los ha poblado. A todas les ha dado Dios sabias leyes por las que se rijan. Por ello, concluye el salmista instando a su alma a bendecir al Señor. Dios es también quien da a todos el alimento que sustenta sus vidas, y quien, porque así lo quiso, ha elegido a Israel como pueblo de su heredad (Dt 9, 6). Finalmente, por puro amor, Dios ha tomado la iniciativa de nuestra salvación: «En esto se manifestó en nosotros el amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que recibiéramos por él la vida» (1 Ioh 4, 10). De la plenitud del Verbo eterno del Padre todos hemos recibido la vida y la gracia².

Así, pues, «la primera actitud que se impone al hombre es abrirse al don de Dios (Mc 10, 15s). Recibiéndolo se hace capaz de auténtica generosidad y es llamado a practicar a su vez el don (1 Ioh 3, 16)»³.

1. Iac 1, 17; cf. Tob 4, 19. «Padre de las luces»: Designa a Dios como creador de los astros (cf. Gn 1, 14ss; Ps 136, 7-9) y —teniendo en cuenta el habitual simbolismo de la luz— como fuente de todos los bienes, tanto materiales como espirituales (...) [A] Dios no se le puede atribuir (...) ningún mal (cf. Iac 1, 13), sino únicamente bienes» (*Sagrada Biblia. Epístolas Católicas*, Facultad de Teología, Univ. de Navarra, EUNSA, vol. 11, Pamplona 1991, nota a Iac 1, 16-18, p. 56

2. Cf. Ioh 1, 16-17

3. A. VANHOYE, voz «Don», en LÉON-DUFOUR, X. (dir), *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1965, p. 215.

LA DONACIÓN EN EL AT

La relevancia del verbo natan, «dar»

Especialmente en los libros que la crítica atribuye a la tradición deuteronomica⁴, la principal y más frecuente acción que Yhwh realiza en favor del pueblo elegido es la de «dar», expresada por el verbo hebreo *natan*: 291 veces⁵.

Dios *da* a los israelitas y a sus descendientes la tierra prometida⁶, junto con los beneficios que en ella van a disfrutar⁷. Es Dios quien toma la iniciativa en esa donación, sin que precedan méritos por parte del pueblo. Dios da a los israelitas los abundantes y diversos dones por su fidelidad a las promesas a los patriarcas⁸, pero, sobre todo, por el amor gratuito (*ahabab*) que les profesa: «El Señor se ha prendado⁹ de vosotros y os ha elegido, no porque seáis el pueblo más grande de todos los pueblos, puesto que sois el más pequeño, sino que ha sido por el amor (*ahabab*) del Señor y por su fidelidad a la promesa que hizo a vuestros padres»¹⁰. Algunos estudiosos han subrayado que el libro del Deuteronomio ya formuló, mucho antes que San Juan, la verdad fundamental de la revelación bíblica, a saber, que «Dios es amor»¹¹ El amor de Dios por su pueblo es completamente desinteresado: sólo va en favor de éste.

Entre los dones más excelentes que Yhwh dio¹² a Israel está la Ley, dada por medio de Moisés¹³, pues constituye una participación de la sabi-

4. Dt, Ios, Iud, 1 y 2 Sam, 1 y 2 Reg.

5. Se distribuyen así: Dt 122; Ios 37; Iud 27; 1 Sam 23; 2 Sam 10; 1 Reg 46; 2 Reg 12. Cf. KANE, Thomas F., *God who gives. A verbal study of the actions attributed to God in the «deuteronomic school», with special attention to the concept of God's giving*, EUNSA, Pamplona 1973, pp. 15-30.

6. Cf. Gn 15, 1-6; 17, 1-7; etc.

7. Cf. Ios 24, 2-4. 13; 1 Sam 16, 6-12; 1 Reg 3, 5-15; 20, 26-28; etc.

8. Cf. Dt 1, 8; 34, 4; Ios 1, 3. 6; Iud 2, 1.

9. «Se ha prendado», *hasbaq*, muy afín al verbo *ahab*, amar: cf. JENNI, E., voz «Ahab», («amar»), en JENNI, E. y WESTERMANN, C. (dirs.), *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento*, Ed. Cristiandad, Madrid, vol. I, 1978, pp. 128.

10. Dt 7, 78a. Cf. KANE, *op. cit.*, pp. 111-113.

11. Cf. KANE, *op. cit.*, p. 202. BUIS, P. y LECLERCQ, J., *Le Deuteronomie*, Gabalda, Paris, 1963, p. 22.

12. En muchas ocasiones el verbo *natan* está en pasado, *qatal*, con valor prevalentemente de aoristo.

13. Cf. Dt 5, 22; Sal 147, 19s.

duría divina¹⁴. Sabios son los «mandamientos» (*miswôt*), los «estatutos» (*huqqîm*) y los «juicios» (*mispatîm*) que Dios ha entregado a Israel. Él le hace partícipe de su «sabiduría» (*hokhmah*) y de su «palabra» (*dabar*). Todos son ricas dádivas divinas para conducir a los israelitas a la fe y al amor de Yhwh. «Pero la ley es impotente, si es malo el corazón que la recibe (cf. Neh 9, 13. 26). A Israel le hace falta un corazón nuevo; tal es el don futuro, hacia el que orientan los profetas sus aspiraciones¹⁵. Lo mismo se puede decir de todos los dones del AT: los unos parecen quedar interrumpidos (dinastía davídica, presencia de la gloria en el templo), y sucesivas decepciones fuerzan a dirigir las esperanzas más adelante; los otros no son ya sino recuerdos que atizan los deseos, pan del cielo (Sap 16, 20s), agua de la roca (Ps 105, 41). Israel ha recibido mucho, pero aguarda todavía más»¹⁶.

Correspondencia de Israel a los dones de Dios

Lo que Dios pide a su pueblo no es primariamente una correspondencia o reciprocidad de dones, sino reconocerle como el único Dios y tener fe en sus palabras y promesas. Las ofrendas (Dt 26) y los sacrificios (Lv 1) no son una necesidad para Dios, sino que sirven para exponer el culto debido sólo a Él, son expresiones de la fe en Yhwh¹⁷. Pero también manifiestan la actitud de reparación por las infidelidades del pueblo a la Alianza (Lv 4; 5) y la sinceridad del arrepentimiento y del deseo de reconciliación con Yhwh (2Sa 24, 21-25). No obstante, algunos textos presentan un carácter de reciprocidad¹⁸

El concepto de correspondencia o reciprocidad aparece más claro cuando se trata de las relaciones entre Dios e Israel basadas en la *ahabah*, el amor de Dios al pueblo o a personas singulares. Entonces Dios pide ser correspondido en el amor, lo cual exige el sacrificio. El caso más elocuente es el del sacrificio de Isaac (Gn 22, 1-19). Dios pide a Abrahán no ya un sacrificio de animales o de bienes, sino el del hijo único, el *yahîd*, *ho huios agapetós*, el hijo querido en el que se prolonga la personalidad, la vida del

14. Eccli 24, 23; cf. Dt 4, 5-8.

15. Cf. Ier 24, 7; Ez 36, 26ss.

16. A. VANHOYE, voz «Don», cit., pp. 215-216.

17. Cf. VANHOYE, voz «Don», cit. pp. 203-204.

18. Cf. por ej., Si [Eccli] 35, 9s.

patriarca, algo así como el *alter ego*, el hijo al que el padre quiere como a sí mismo o más que a sí mismo:

«Toma a tu hijo, a tu único, al que tú amas, a Isaac, y vete al país de Moria. Allí lo ofrécéras en sacrificio, sobre un monte que yo te indicaré» (Gn 22, 2).

No puede por menos de verse una alusión a este texto en los Sinópticos¹⁹. Las palabras de Jesús en los pasajes de la parábola de los viñadores inicuos evocan el mismo pensamiento divino (cf. Ioh 3, 16): Dios pidió a Abrahán una donación semejante a la que Dios Padre hará de su Hijo Único, el Amado²⁰.

La mística judaica antigua contempló los pormenores del relato del Génesis, sobre todo en la *'aquedah*, que los rabinos consideraban como atadura voluntaria por parte de Isaac, como autodonación mística, como máxima expresión del don de sí a Dios, juntamente con la obediencia perfecta de Abrahán²¹.

Por otro lado, la reciprocidad aparece como consecuencia natural en las relaciones entre individuos o clanes. Se trata de la actitud expresada por *hesed*, amistad, amor de benevolencia o beneficiencia: «El que acepta el don acepta la alianza y se veda toda actitud hostil²² (...). El don a los pobres, recomendado en términos magníficos (limosna), tiende también a asimilarse a los dones recíprocos. Se espera que el pobre tenga un día con qué corresponder (Si [Eccli] 22, 23), o que Yhwh compense en su lugar (Prov

19. Cf. Lc 20, 13; Mc 12, 6; Mt 21, 37.

20. Cf. Mt 3, 17; Mc 1, 11; Lc 3, 22.

21. Cf. DEL AGUA, Agustín, *El método midrásico y la exégesis del Nuevo Testamento*, Institución San Jerónimo, Valencia 1985, p. 184 y nota 406, y p. 220 y nota 454. Cf. etiam WOOD, J. E., «Isaac Typology in the New Testament», en *New Testament Studies* 14 (1967-68) 583-589. —«La escena del sacrificio de Isaac presenta unos rasgos peculiares que la constituyen en modelo anticipado del sacrificio redentor de Cristo. En efecto, aparece el padre que entrega al hijo; el hijo que se entrega voluntariamente a la muerte secundando el querer del padre; y los instrumentos del sacrificio como la leña, el cuchillo y el altar. El relato culmina además señalando que por la obediencia de Abrahán y la disposición de Isaac al sacrificio, la bendición de Dios llegará a todas las naciones de la tierra (cf. Gn 22, 18). No es pues extraño que la tradición judía atribuyese un cierto valor redentor al sometimiento de Isaac, y que los Santos Padres hayan visto ahí prefigurada la Pasión de Cristo, el Hijo Único del Padre» (*Sagrada Biblia. Pentateuco*, Facultad. de Teología, Univ. de Navarra, EUNSA, Pamplona 1997, nota a Gn 22, 1-19, p. 131).

22. Cf. Gn 32, 14; Ios 9, 12ss; 2 Sam 17, 27; 19, 32.

19, 17). Se desaconseja tajantemente dar al hombre malo (Tob 4, 17): tal don redundaría en pura pérdida (Si [Eccli] 12, 1-7). El AT se cuida de asociar a una generosidad una prudencia razonable»²³.

El don primordial de la existencia y de la vida

La revelación más profunda que aparece en el AT acerca de la acción dadivosa de divina consiste en que no sólo Dios da bienes de todo tipo, sino que ha dado la existencia al hombre, dentro del conjunto de la creación. La existencia es, pues, el don fundamental y fontal de todos²⁴. Dios es creador de los cielos y la tierra, y del hombre. Es la gran revelación que se describe en los dos primeros capítulos del Génesis y que se evoca en otros muchísimos pasajes, sobre todo de los libros sapienciales, especialmente en los Salmos y en el libro de la Sabiduría. La misma creación y su mantenimiento en el ser es un don de Dios, un don gracioso, pues no estaba obligado a ella. Y es un don amoroso, como lo es también la elección de Israel entre todos los pueblos de la tierra (cf. Dt 7, 7-9).

Dios colocó al hombre y a la mujer en un jardín de delicias y les otorgó la gracia del trato íntimo y amoroso con él. Tanto ama Dios a la criatura humana que la crió a su imagen y semejanza. De algún modo podemos decir que Dios no se reservó nada. Ni siquiera la felicidad y la vida divinas, de las que hace partícipes al hombre y a la mujer por encima de las necesidades naturales de éstos.

El pecado de origen

Pero, cediendo a la sugestión del diablo-serpiente, el primer hombre y la primera mujer dudan del amor generoso que Dios les tiene. El precepto simbolizado por la prohibición de no comer del árbol que está en medio del jardín les es presentado por el diablo como un ardid de Dios para reservarse sus privilegios. La amenaza de muerte no es sino un engaño con el mismo fin: «Dijo la serpiente a la mujer: ¡No moriréis en modo alguno; es que Dios sabe que el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis

23. A. VANHOYE, voz «Don», cit., p. 216.

24. «La creación es el comienzo de la historia de la salvación y el fundamento de todos los designios salvíficos de Dios que culminan en Jesucristo» (*Sagrada Biblia. Pentateuco*, Fac. de Teología, EUNSA, cit., nota a Gn 1, 1, p. 44).

como Dios, conocedores del bien y del mal» (cf. Gn 3, 4-5). Y, cediendo a la tentación, quieren disponer de sí mismos y establecer, según su medida, en qué consistan el bien y el mal.

Antes de que cometieran la acción externa de desobediencia, nuestros primeros padres habían caído ya en el pecado: primero, se produce la crisis de la fe en la palabra de Dios y, consecuentemente, en el amor; juntamente aparece la soberbia de creerse superiores a lo que eran en realidad, criaturas de Dios. Pretenden depender sólo de sí mismos y disponer como dueños únicos de su propio destino. No quieren depender de su creador. Desde ese momento se han cambiado las relaciones del hombre con Dios, antes de que caiga sobre ellos el castigo: se ocultan de Dios estúpidamente entre la frondosidad de los árboles; huyen de Él. El relato genesíaco del pecado original viene a ser el paradigma de todo pecado y de la insania de toda la humanidad de no querer aceptar su naturaleza de criatura, a instigación del diablo: «¡Seréis como Dios!».

Don, pecado, redención

Pero Dios no abandona del todo al hombre rebelde²⁵. Como dice el Papa Juan Pablo II, explicando la parábola del hijo pródigo: «un hijo, por más pródigo que sea, no deja de ser hijo real de su padre»²⁶. Y el relato del pecado original incluye ya la primera promesa de salvación en el linaje de la mujer (Gen 3, 15).

Resumidamente, Dios dio, o quizás mejor, da a la humanidad muchos dones. El fundamental de todos, la existencia, la creación, del que cuelgan todos los otros. Además, en circunstancias y condiciones superiores a las exigencia de su misma naturaleza. Después, Dios ha dado a Israel multitud de bienes naturales, materiales y espirituales. Pero no ha terminado en su carrera de donaciones. Todos esos bienes tienen un cierto carácter preliminar, de transitoriedad: aún dará otros mayores, que culminarán en un «tiempo futuro». Los ya dados son como un anticipo de dones más perfectos y definitivos.

25. Cf. Plegaria eucarística IV de la S. Misa.

26. Encíclica *Dives in misericordia*, n. 6.

LA DONACIÓN DIVINA EN EL NT

*Continuidad y discontinuidad entre el AT y el NT*²⁷

El verbo griego *didômi*, equivalente al hebreo *natan*, y con paralelo sentido teológico, se encuentra en casi todos los escritos del NT²⁸. En 104 textos tiene a Dios como sujeto, esto es, como dador de bienes; a Jesucristo, igualmente como dador, en 68 pasajes. Quizás el acento teológico más marcado esté en el corpus de Juan²⁹, pero no es, ni mucho menos, exclusivo de él.

En el NT Dios sigue concediendo dones espirituales y naturales porque no se desentiende ni aun de las criaturas más pequeñas³⁰. Sin embargo, hay una novedad en el NT: Jesucristo es el mediador en la concesión de esos dones divinos, o los otorga directamente. Jesús hace amigos a quienes le siguen, haciéndoles partícipes de su amistad con el Padre celestial, y Dios no negará a sus amigos lo que éstos le pidan: «*para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé*» [dô hymîn] (Ioh 15, 16). «*En verdad, en verdad, os digo: si algo pedís al Padre en mi nombre, os lo dará*» [dôse hymîn] (Ioh 16, 23)³¹. Otra vez más la relevancia del verbo *natan*, ahora en contexto del NT y de la mediación del Hijo de Dios, o de la acción directa de Jesús, con poderes divinos.

En el AT entre los dones más anhelados estaban la paz en la tierra prometida y la futura paz mesiánica. En el NT esa paz se hace más transcendente. Es la paz mesiánica que, en efecto, trae Jesús. Es una paz que

27. Cf. GARCÍA-MORENO, Antonio, *El Cuarto Evangelio. Aspectos teológicos*, Ed. Eunat, Pamplona 1996, pp. 113-117.

28. Aparece en todos ellos, a excepción de Phil, Phlm y Ids. Cf. POPKES, W., voz «didômi» en BALS, H. y SCHNEIDER, G., (eds.), *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento*, Ed. Sígueme, Salamanca 1996, vol. I, col. 969.

29. Cf. POPKES, W., voz. «didômi», cit., cols. 971-975.

30. Cf. Mt 6, 25-32; Philp 4, 6; 1 Pet 5, 7; Heb 13, 5-6.

31. El sintagma «en mi nombre» presenta una alternancia posicional según los manuscritos griegos, que se reparte más o menos por igual por la importancia y número de los códices. En unos viene al final del vers: «si algo pedís al Padre os lo dará en mi nombre». En otros: «Si algo pedía al Padre en mi nombre, os lo dará». La primera alternativa es teológicamente más difícil (que el Padre dé algo en nombre de Jesús), por lo que cabe pensar que algunos copista la armonizaron con Ioh 15, 16, más fácil de entender. Pero una construcción paralela a la primera alternativa se encuentra ya en Ioh 14, 26: «... el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre...». Cf. BROWN, R. E., *El Evangelio según Juan*, Ed. Cristiandad, Madrid 1979, vol. II, pp. 985-986.

empieza en el interior de las conciencias. Ninguna otra paz exterior, mundanal, es verdadera: «*Mi paz os doy [dídômi hymîn]; no os la doy como la da el mundo*» [oû kathôs ho kósmos dídôsîn egô dídômi] (Ioh 14, 27b)³². El descanso en la tierra prometida, tan anhelado durante los años del tránsito por el desierto, llega a convertirse en la «vida eterna»: «*Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique; ya que le diste poder sobre toda carne, que él dé vida eterna a todos los que tú le has dado*» [hina pân ho dédôkas autô dôsê autoîs zoên aiônion] (Ioh 17, 1b-2).

LOS DONES DIVINOS EN JESUCRISTO

Como en otros muchos aspectos, el NT atribuye a Jesucristo las acciones que el AT asignaba a Yhwh. Los textos son muy ricos y variados. Comienzan por aquellos en los que el mismo Jesús asume tales atribuciones³³.

Los textos de Juan

Así, por ejemplo, Jesús ha dado a los Doce «las palabras», el don singular de haber escuchado directamente de su boca la revelación que el Padre ha dado por medio de él: «*Porque las palabras que me diste se las he dado, y ellos las han recibido*» [tà rêmata ha édôkas moi dédôka autoîs, kai autoi élabon] (Ioh 17, 8)³⁴. «*Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha*

32. Los profetas del AT presentan al rey mesiánico, el ungido de Yhwh, como un príncipe de la paz (Is 9, 6); éste «impondría la paz a las naciones» (Zac 9, 10). Del mismo modo, la buena noticia del *mebasser* consistiría en el anuncio de la paz y la salvación (Is 52, 7). En Sap 3, 1. 3, la paz es fruto de la bendición de Dios. En el contexto de despedida de Ioh 14, 15-26, Jesús consuela a los discípulos, y en ellos a los cristianos, con la paz que es Él mismo y el Paráclito, ellos estarán con los cristianos como paz ya en esta vida. (cf. BROWN, R. E., *El Evangelio según Juan*, cit., vol. II, p. 904).

33. CASCIARO, J. M., *Jesús de Nazaret*, Alga Edit., Murcia 1994, pp. 433-462.

34. «En el mismo campo verbal de *didónai* la frase explica que Jesús ha «dado» a los discípulos las palabras que a su vez le había dado a él el Padre, y que los discípulos «han recibido». Como las palabras eran del Padre, los discípulos han conocido que Jesús había salido de él, y creyeron que el Padre le había enviado» (SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Juan*, ed. española, Herder, Barcelona, vol III, 1980, p. 222).

odiado porque no son del mundo» [Egô dédôka autoîs tôn lógon sou» (Ioh 17, 14)³⁵.

De modo semejante, según el Evangelio de Juan, Jesús les ha dado a sus Apóstoles la «gloria» que el Padre había dado a él: «Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno» [Tên dóxan hên dédôkas moi dédôka autoîs] (Ioh 17, 22). Por tres veces aparece en este cap. el tema de la «gloria»: 17, 1. 5. 10 y 22. En los dos primeros vers. (1 y 5) Jesús pide al Padre que «le glorifique». En el 10 dice que «he sido glorificado en ellos» [los discípulos]. El 22 parece más complicado. Podemos llamar en auxilio el texto de Rm 8, 30, aunque no sea de Juan sino de Pablo³⁶. Según Juan, la acción de Cristo consiste en comunicar a sus discípulos la gloria, y produce el fruto de que éstos se unan cada vez más a Dios, para que vivan en unión con el Padre a través del Hijo³⁷.

En consecuencia de lo dicho en el vers. 22, Jesús pide al Padre —siempre según el IV^o Evangelio— que dé a sus discípulos la visión de la gloria que el Padre le ha dado a él: «Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has dado, para que vean mi gloria, la que me has dado» [Patér, hò/hous³⁸ dédôkas moi, thélo... hína theôrôsin tên dóxan tên emên, hên dédôkás moi] (Ioh 17, 24). La petición indicaría la donación de la visión beatífica³⁹. En verdad que no hay posibilidad de mayor don que la bienaventuranza eterna. Ésta es el fruto final de la redención, de la autodonación de Dios en la persona del Hijo.

35. Sobre la relación de los discípulos de Jesús con «el mundo» cf. BROWN, R. E., *El Evangelio según Juan*, cit., vol. II, pp. 1032-1034. La alegría en medio de las tribulaciones y contrariedades de este mundo recurre con frecuencia en el NT: cf. p. ej., Mt 5, 11; 1 Thes 1, 6; etc.

36. De Rm 8, 30 nos vamos a ocupar inmediatamente.

37. Cf. *Sagrada Biblia. Santos Evangelios*, Edic. Univ. de Navarra, 3^a ed., Pamplon 1995, nota a Ioh 17, 22-23 (pp. 1391-1392). BROWN, R. E., *El Evangelio según Juan*, cit. p. 1041.

38. La alternativa *ho/hous* (*quod/quos*) viene en los manuscritos griegos más importantes: cf. ediciones críticas del NT griego.

39. Esta gloria que el Padre ha dado al Hijo, no parece la gloria que posee desde toda la eternidad en el seno del Padre, sino la que gozará su Humanidad tras la Ascensión a los Cielos, la manifestación de su divinidad en su humanidad glorificada. Sobre la discusión exegética acerca de este punto cf. VAN DEN BUSSCHE, Henri, *El Evangelio según San Juan*, Ed. Studium, Madrid 1972, p. 578).

El corpus paulino

También Pablo menciona muchos «dones» divinos concedidos, o por conceder, a quienes han creído en Jesús. Observemos primeramente el texto de Rm 8, 30: «*A los que [Dios] predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó*». Todo el proceso de la justificación, desde la llamada hasta la glorificación, forma parte del plan salvífico divino en Jesucristo. «Por eso, a la llamada sigue la justificación⁴⁰; a la justificación la glorificación que, sorprendentemente, siguiendo el tenor de la «cadena», se encuentra en aoristo, aunque según el vers. 18 es un acontecimiento futuro. Se explica esto si se reconoce en vers. 29a-30 el estilo hímnico: el himno canta la totalidad del acontecimiento de la historia de la salvación desde el aspecto de su consumación⁴¹ y, al hacer presente lingüísticamente el horizonte escatológico del acontecimiento del bautismo, a la comunidad bautismal terrena la sitúa inmediatamente en el futuro acontecimiento de revelación del tiempo final (cf. Phi 2, 9-11), desde el que se divisa la unidad de la historia de la salvación»⁴².

En Rm 15, 5, desea «*que el Dios de la paciencia y de la consolación os dé un mismo sentir entre vosotros según Cristo Jesús*» [dôê hymîn tò autò phroneîn en allêloîs]. El vers. trae inmediatamente a la memoria la introducción previa al «himno» de Filipenses: «*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús*» (Phil 2, 5). Sobre todo en Rm, la paciencia (*hypomonê*) y la consolación o consuelo (*paráklêsis*) son dones de Dios.

El mismo ministerio [*diakonía*] y las gracias y karismas para desarrollarlo, son igualmente dones «del Señor»/de Dios, no cualidades de los ministros: «*¿Qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? Ministros, por medio de los cuales habéis creído; y cada uno según el Señor le ha dado. Yo planté, Apolo regó, pero es Dios quien da el incremento; de tal modo que ni el que planta es nada, ni el que riega, sino el que da el incremento, Dios*» [hekástô hôs ho Kyrios édôken] (1 Cor 3, 5-8).

Pasaje parecido es 1 Cor 12, 7-10: «*¿A cada uno se le da [dídotaí] la manifestación del Espíritu para provecho común; ¿a uno se le da [dídotaí] por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo*

40. Cf. 1 Cor 6, 11.

41. Cf. especialmente 1 Tim 3, 16).

42. WILCKENS, Ulrich, *La Carta a los Romanos*, vol. II, Edic. Sígueme, Salamanca 1992, 1989, p. 204.

Espíritu; 9a uno fe en el mismo Espíritu, a otro don de curaciones en el único Espíritu; 10a uno poder de obrar milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus; a uno diversidad de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Ahora es «por el Espíritu» [διὰ τοῦ Πνεύματος] por quien se dan los diversos carismas. El elenco que enumera aquí Pablo no pretende ser exhaustivo. Pero es suficiente para conocer la riqueza y abundancia de carismas con que adornó a las primeras comunidades cristianas⁴³.

Es Dios quien da a los cristianos la fortaleza para vivir con arreglo a las nuevas exigencias de la fe: «Para que conforme a la riqueza de su gloria, os dé ser fortalecidos con la virtud en el hombre interior mediante su Espíritu» [hína dô hymîn... krataiôthênai dià toû Pneûmatos autoû] (Eph 3, 16).

Podrían terse a colación otros textos del corpus epistolar paulino, pero es suficiente con los vistos.

Ya fuera del corpus paulino, pero de modo semejante, se expresa Santiago: «Si alguno de vosotros carece de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos abundantemente y sin echarlo en cara, y se la concederá» [aitéito parà toû didóntos Theoû... kai dothêsetai autô] (Iac 1, 5). Estas palabras de Santiago son bien coherentes con el tema de la oración y de la petición, enfatizadas en su Carta⁴⁴.

LA AUTODONACIÓN DE DIOS EN EL HIJO POR AMOR

Pero lo que se destaca como más profundo y trascendente es que ya no es que Dios dé diversos bienes, sino el gran bien, el gran don, el don de Sí mismo. Dios hace tal autodonación gratuitamente también. Es Él quien toma la iniciativa, sin méritos previos por parte del hombre. El único motivo es el amor de Dios a sus criaturas. Los diversos hagiógrafos del NT convergen en esa noción. Pero los que la han afirmado con mayor expresividad y frecuencia son San Juan y San Pablo.

43. Cf. *Sagrada Biblia. Epístolas de S. Pablo a los Corintios*, Facultad de Teología, Univ. de Navarra, EUNSA, vol. 7, Pamplona 1995, nota a 1 Cor 12, 8-11, pp. 186-187.

44. Cf. LAWS, Sophie, voz «James, Epistle of», en FREEDMAN, D. N. (dir), *The Anchor Bible Dictionary*, Doubleday, vol. 3, 1992, p. 626.

La «ipsissima vox Iesu»

Nos vamos a detener en el impresionante logion de Mt 20, 28, que consta de dos afirmaciones en paralelismo de contraste⁴⁵:

«Como el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida en rescate por muchos».

En la primera parte del vers. confluyen las dos líneas de mesianismo sufriente de los cantos del Siervo de Yhwh de Isaías y del mesianismo trascendente de Daniel⁴⁶. En la segunda parte del vers. puede discutirse si tiene carácter narrativo (*ipsissima vox Iesu*), o de reflexión teológica del evangelista y/o de la tradición que esté en su origen. En cualquier caso, hay que tener en consideración que ofrece una evocación del «cuarto canto» del Siervo de Yhwh (Is 52, 13-53, 12)⁴⁷. La segunda parte del vers. va introducida por la escueta conjunción «y» (*kaì*), claramente epexegetica, equivalente a «es decir». De ahí que «servir» (*diakonêsai*) en nuestro texto es igual que «dar la vida» (*doûnai tèn psyjèn*). Finalmente, *anti pollôn*, «por los muchos», es un conocido hebraísmo que indica la pluralidad o totalidad frente a la singularidad.

En resumen, Jesús tiene la conciencia del sentido de la autodonación de su vida como redención (*lytron*) de «los muchos», de la totalidad. Su obra salvífica se realiza mediante la donación de su vida⁴⁸. «La muerte redentora de Cristo se considera explícitamente como acto definitivo y recapitulación de toda su *Agape* o Amor teologal a los hombres: textos destacados: Gal 2, 20; Eph 5, 2. 25; Ioh 13, 1; 1 Ioh 3, 16; Apc 1, 5»⁴⁹.

45. Este vers. es un ejemplo relevante de una fórmula que se encuentra en bastantes pasajes, cuya estructura es «No he venido a... sino a...» (cf. Mt 5, 17; 9, 13 y par.; 10, 34 y par.; Lc 12, 49; 10, 10; Ioh 10, 10; 12, 46. 47; 18, 37).

46. Cf. CASCIARO, J. M. y MONFORTE, J. M., *Jesucristo, Salvador de la humanidad*, EUNSA, Pamplona 1996, pp. 79-90 y 103-106.

47. Sea cual fuere la actitud en que se sitúe la discusión, como dice Gomá i Civit, «la afirmación de que «no vino a ser servido» (*diakonêthênai*) es de un singular realismo, en contraste con el ardiente ideal de *servir a Jesús* que se respira en todo el NT, hasta en los mismos Evangelios, como aspiración personal de los que formaban la Iglesia de los Apóstoles, ideal que se concreta p. ej., en el título predilecto de San Pablo: «siervo de Cristo» (GOMA CIVIT, Isidro, *El Evangelio según San Mateo*, Ed. Marova, Madrid, vol. II, 1976, p. 310 y nota 31).

48. «dar la *psyjê*», es un hebraísmo cuya significación es clara: dar la vida o el alma.

49. GOMA CIVIT, I., *op. cit.* vol. II., pp. 314-315 y nota 45.

Autodonación de Dios en el Hijo. Escritos joaneos

«Dios toma la iniciativa en el amor⁵⁰ y el que se adelanta es el que más ama. La grandeza del amor se puede medir por el valor del don entregado, y Dios nos entrega lo que para Él vale más, lo que más quiere, a su propio hijo»⁵¹

«Tanto amó Dios al mundo que le dio (édôken)⁵² a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Ioh 3, 16).

«Dios detuvo el brazo de Abrahán cuando estaba a punto de sacrificar a su único hijo, pero no detiene el brazo de quienes clavan al Hijo Unigénito en la Cruz; por eso exclama San Pablo, transido de esperanza: ‘El que no perdonó a su propio Hijo, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas?’ (Rm 8, 32)»⁵³ El Hijo no es un don extraño, fuera del Padre. La fórmula más fuerte es quizá la de Ioh 10, 30: «Yo y el Padre somos uno» Esta afirmación no es, sin embargo, un cuerpo insólito en el Evangelio de Juan. Podrían citarse otros pasajes⁵⁴.

Así, por ejemplo: «Jesús les replicó: *Mi Padre trabaja (ergázetai) hasta el presente, y yo también trabajo (ergázomai).* Por eso los judíos con más abinco buscaban matarlo, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios» (Ioh 5, 17-18)⁵⁵.

«En el Hijo se da el Padre mismo, pues Jesús está totalmente lleno de las riquezas del Padre (Ioh 1, 14): palabras y obras, poder de juzgar y de vivificar, nombre, gloria, amor, todo lo que pertenece al Padre es dado a Jesús (Ioh 17). En su fidelidad al amor que le une al Padre (Ioh 15, 10) realiza Jesús el don completo de sí mismo: ‘da su vida’ (Mt 20, 28). ‘Verdadero pan del cielo dado por el Padre’, da ‘su carne por la vida del mun-

50. Cf. Ioh 1, 11; 4, 7; 15, 16; 1 Ioh 4, 10.

51. GARCÍA-MORENO, Antonio, *El Evangelio según San Juan. Introducción y exégesis*, Badajoz-Pamplona 1996, pp. 208-209.

52. El mismo verbo «dar», *dídomi, natan*.

53. GARCÍA-MORENO, A., *El Evangelio según San Juan*, cit., p. 209.

54. Cf., p. ej., Ioh 17, 11. 22.

55. Habría aquí que detenerse, entre otros, en los caps. 5 y 17 del Cuarto Evangelio. Para un análisis de ellos teniendo a la vista las expresiones de Jesús acerca de la unidad y distinción entre él y el Padre, cf. MORUJAO, Geraldo, *Relações Pai-Filho em S. João. Subsídios para a teologia trinitária a partir do estudio de sintagmas verbais gregos (Jo 5 e 17)*, Instituto Politécnico de Viseo, 1989.

do'⁵⁶. 'Esto es mi cuerpo dado por vosotros'. Por su sacrificio obtiene que se nos comunique el Espíritu prometido (Act 2, 33), 'don de Dios' por excelencia⁵⁷. Ya en esta tierra poseemos así las arras de nuestra herencia: somos enriquecidos con todo don espiritual (1 Cor 1, 5ss) y jamás se celebrará bastante la sobreabundancia del don de la gracia (Rom 5, 15-21). En forma secreta, pero real (Col 3, 3s) vivimos ya de la vida eterna, 'don gratuito de Dios' (Rm 6, 23)⁵⁸.

Quizás son más relevantes los textos de los Sinópticos en los que se atribuyen a Jesús las acciones que en el AT eran propias de Dios⁵⁹, pero nos llevaría ahora muy lejos.

«Si conocieras el don de Dios... » (Ioh 4, 10).

En el diálogo con la samaritana (Ioh 4, 7-26), Jesús introduce unas palabras misteriosas que, de manera semejante a como ocurrió en el diálogo con Nicodemo, alzan la conversación a un plano muy elevado, incomprensible de momento para el interlocutor:

«Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido y él te habría dado agua viva».

«El don de Dios», *doreà tou Theou*: ¿qué significa este sintagma? —Como con otras realidades sobrenaturales posee gran riqueza conceptual. Siguiendo a R. Schnackenburg⁶⁰, podemos decir que para los rabinos el don divino por excelencia es la Tôrah; para la primitiva comunidad cristiana, el Espíritu Santo⁶¹; para San Pablo, la justicia de Dios (cf. Rm 5, 17), o la salvación, o la gracia⁶². En el pasaje de Juan que estamos viendo, el don del «agua viva», en su rico simbolismo en el marco del mundo oriental de la sequedad, significa en primer lugar lo más imprescindible para la vida. En el AT Dios es la «fuente de agua viva»⁶³, el que reconforta a los suyos con el «torrente de delicias que les da a beber» (Ps 36. 9). Las pala-

56. Ioh 6, 32. 51; cf. Lc 22, 19.

57. Act 8, 20; 11, 17.

58. VANHOYE, A., voz «Don», cit. pp. 216-217.

59. Cf. CASCIARO, José María, *Jesús de Nazaret*, cit., pp. 433-484.

60. En *Evangelio según San Juan*, cit., vol I, p. 498.

61. Cf. Act 2, 38; 8, 20; 10, 45.

62. Cf. 2 Cor 9, 15; Eph 3, 7; 4, 7; Heb 6, 4.

63. Cf. Jr 2, 13; 17, 13.

bras de Jesús a la samaritana trascendentalizan el valor natural del agua elevándolo a la vida sobrenatural. Es interesante poner en relación el diálogo con la samaritana con otros pasajes del IV^o Evangelio.

Por ejemplo, Ioh 7, 37-39. Ahí, especialmente en el vers. 37b, Jesús se identifica con el agua viva: «*Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba quien cree en mí*»⁶⁴. Según el Evangelio de Juan, Jesús pronunció estas palabras el día más solemne de la fiesta de los Tabernáculos. Durante los ocho días de ésta, el sumo sacerdote llevaba una copa de agua desde la fuente de Siloé al Templo, y con ella rociaba el altar. Era una conmemoración del agua que brotó prodigiosamente de la roca en el desierto (Ex 17, 1-7) y una actualización de la esperanza anunciada por Ez 47, donde se habla de los torrentes de agua que brotarán del Templo. En tales circunstancias litúrgicas, Jesús anuncia que en él se van a cumplir aquellos anuncios gozosos: él mismo es el agua que esperan. Pero el evangelista añade un comentario (Ioh 7, 39) en el que identifica a Jesús con «el Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él»⁶⁵.

En conclusión, en Juan caps. 4 y 7, el «don de Dios», se identifica con Jesús y con el Espíritu que él va a enviar. Lo que Dios «da» no son ya unos dones, sino que se da a sí mismo en la persona del Hijo y en la del Espíritu.

Autodonación de Dios en Jesucristo. Corpus paulino

Pablo es tajante en expresar la donación de sí mismo por parte de Jesús y la finalidad de tal donación: «*Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro*» [toû dóntos heauton hyper tón hamartiôn hêmôn] (Gal 1, 3-4). Es útil tener en cuenta la situación de los gálatas para apreciar lo que Pablo les dice ya desde el principio de su carta. Según estiman estudiosos actuales, los gálatas, descendientes inmediatos de valientes guerreros, eran gente de espléndidas cualidades humanas: «apertura de corazón y de

64. Optamos por esta lección frente a la otra alternativa: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.», poniendo punto detrás de «beba». Las razones pueden verse explicadas en VAN DEN BUSSCHE, H., *El Evangelio según San Juan*, cit., pp. 363-365.

65. Cf. VAN DEN BUSSCHE, op. cit. pp. 366-369. GARCÍA-MORENO, A., *El Evangelio según San Juan*, cit., p. 194.

espíritu, sentido del sacrificio, generosidad extrema, pasión por la libertad»⁶⁶. Habían recibido con entusiasmo y generosidad el Evangelio de labios de Pablo. Pero, poco después, algunos judío-cristianos procedentes del fariseísmo, que no habían entendido el mensaje de libertad que Cristo nos trajo, les habían confundido predicándoles que tenían que cumplir la prescripciones de la Ley mosaica. En cuanto Pablo tiene noticias de lo que está ocurriendo en las jóvenes comunidades de Galacia, escribe la carta más dura de todas las suyas. No puede consentir que les engañen. De ahí que les hable de gracia, de paz y de libertad. La paz de Dios y del Señor Jesús y la libertad que Cristo ha conquistado para quienes creen en él. Insta a los gálatas a que vuelvan a la libertad del evangelio que Pablo les ha predicado, rechazando el espíritu de esclavitud que les han presentado los «judai-zantes». «San Pablo, experto en humanidad, ha realizado la experiencia y ha hecho el análisis del hombre alienado en este mundo en el que reinan el pecado y la muerte. ¿Quién liberará entonces al hombre cargado de cadenas?»⁶⁷.

Muy elocuente es el pasaje de Gal 2, 20b, en el que Pablo expresa su vivencia personal, extensiva a todo cristiano sincero: «*Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*»[καὶ παραδόντος heautòn hypèr emoû].

La misma firmeza y claridad en la doctrina encontramos en las cartas pastorales. Las tres tienen en común con el resto del corpus paulino la perspectiva soteriológica, quizás especialmente acentuada en las pastorales. La salvación de la humanidad, de toda ella sin restricciones étnicas ni sociales, no radica en otra causa que en el amor benevolente y gratuito de Dios, que se ha manifestado actuante en la historia, entonces bien reciente, de la autodonación de Jesucristo: «[Dios] *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque uno solo es Dios y uno solo también el mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, que se dio a sí mismo en redención por todos*» [ho doùs heautòn antílytron hypèr pán-tôn] (1 Tim 2, 5-6a).

«La salvación cristiana es la *epiphaneia* de la *charis*, amor benigno y generoso de Dios en Jesucristo. Todo el proceso salvífico se desarrolla entre las dos epifanías, la histórica, ya realizada y acogida en la fe, y la que se espera para el futuro, en la que se llevará a cabo la salvación definiti-

66. BRUNOT, Amédée, *Los escritos de san Pablo. Cartas a las jóvenes comunidades*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 3ª edic. 1991, p. 140.

67. BRUNOT, A., *op. cit.* pp. 142-143.

va»⁶⁸. Así, podrá escribir el autor de la Carta a Tito: «Pues se ha manifestado la gracia de Dios, portadora de la salvación para todos los hombres (...). Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y para purificarnos y hacer de nosotros su pueblo» [Hos édôken heautôn hypèr hêmôn, hína lytrôsetai hêmas apò pá-sês anomías] (Tit 2, 13-14).

Todos estos textos van en la misma línea que el célebre pasaje de Rm 4, 25, donde se emplea un compuesto de *didômi*, a saber, *paradidômi*: «*la cual [Jesucristo] fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación*» [hôs paredóthê dià tà paraptômata hêmôn]. Recordemos que la voz pasiva «fue entregado», *paredóthê*, es un modo bíblico de expresar la acción divina, en este caso en Jesús, evitando la pronunciación del tetragramaton Yhwh. Así, Rm 4, 25 está en paralelismo con Rm 8, 32, donde se expresa en voz activa la acción divina en Jesús: «*El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?*» [Hós ge toû idioû huioû ouk ephéisato, allà hyper hêmôn pântôn parédôken autòn...;]⁶⁹.

Los textos de la institución de la Eucaristía

Sobre todo en la tradición eucarística que recoge Lucas se explicita la idea de que el Cuerpo de Jesucristo «es dado» (empleo de *didômi*) por los discípulos: «*Esto es mi cuerpo, que es dado por vosotros*» [Toûto estin tò sômá mou tò hypèr hymôn didómenon] (Lc 22, 19). El participio *didómenon*, de suyo es de presente, pero puede ser traducido por participio de futuro «que será dado». Se refiere a que el cuerpo de Cristo será dado en la muerte de cruz⁷⁰. No se menciona expresamente por quién «es dado» el cuerpo de Cristo. El sintagma *hypèr hymôn* tiene aquí claramente el significado de «en favor de vosotros». Por tanto, deberemos recurrir a la «pasiva divina» y, en este texto, a una identificación de sujetos: Dios = Jesu-

68. FABRIS, Rinaldo, «Las Cartas de la tradición paulina (Efesios, Colosenses, Pastorales)», en FABRIS, R. (ed.), *Problemas y perspectivas de las ciencias bíblicas*, Edic. Sígueme, Salamanca 1983, p. 164.

69. Cf. WILCKENS, U., *La Carta a los Romanos*, cit., vol. I, Salamanca 1989, pp. 341-342.

70. Cf. SCHMID, Josef, *El Evangelio según Lucas*, Ed. Herder, Barcelona 1968, coment. a Lc 22, 19, p. 465.

cristo. Es decir, el cuerpo de Cristo «es dado por Dios y por Cristo en favor vuestro».

En los otros pasajes de los Sinópticos la acción de «ser dado», expresada mediante el verbo *dídômi*, viene en contexto narrativo: «*Jesús tomó pan y, pronunciada la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos [kaì doùs toîs mathêtaîs], dijo: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo». Y, tomando el cáliz y habiendo dado gracias, se lo dio [édôken autoîs]diciendo»* (Mt 26, 26-27). Los otros pasajes de Lc 22, 19 y Mc 14, 22-23 son paralelos a este respecto. Así, pues, in *recto* no indicaría la autodonación de Jesús. Pero in *obliquo* no la excluye, más bien la incluye.

Circunstancias históricas del don de Dios

Pablo subraya las circunstancias del don de Dios: «*Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, una vez reconciliados, seremos salvados por su vida»* (Rm 5, 10). El amor de Dios por los hombres y mujeres llega a tal extremo que, desde una visión humana, resulta casi inexplicable, es una «locura». Pablo lo había expuesto en unos versículos precedentes al texto que acabamos de leer: «⁶*Porque Cristo, siendo nosotros todavía débiles [asthenôn], a su tiempo murió por los impíos. ⁷Apenas hay, en efecto, quien muera por un justo. Puede que alguien sea capaz de morir por una persona buena. ⁸Pero Dios demuestra su amor hacia nosotros porque, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros»* (Rm 5, 6-8)⁷¹. Es «la locura de la cruz» de que habla Pablo en otros lugares⁷².

Valor paradigmático de la Humanidad de Cristo

Si tal ha sido la «locura» de Dios y de Jesucristo a que le ha llevado el amor (cf. Mc 3, 21), la correspondencia del creyente a ese amor ha de

71. Es de notar cómo el Apóstol tantea su formulación ante la aporía de la realidad entre los humanos (vers. 7). Ha querido hacer una comparación entre el querer de Dios y el de los hombres, pero no resulta clara. La misma dificultad al confrontarlos le proporciona la solución: el amor de Dios es incomparablemente superior al de los hombres. Cf. WILCKENS, U., *La Carta a los Romanos*, cit., vol. I, p. 359.

72. «Porque la palabra [*lógos*] de la cruz es locura [*môría*] para los que se pierden» (1 Cor 1, 18). Cf. 1 Cor 1, 23.

acercarse a esos mismos pasos: «*Nadie se engañe: si alguno entre vosotros se tiene por sabio según el mundo, hágase loco [môrós] para llegar a ser sabio*» (1 Cor 3, 18).

En el NT, ¿cómo se traduce en la práctica el amor de correspondencia del creyente al «don de Dios»? —El sacrificio de Jesús es a la vez don de Dios a los hombres y mujeres (Ioh 3, 16) y don de éstos a Dios (Heb 2, 16s). Ningún otro don podemos ya presentar a Dios sino el don que es Jesucristo, víctima perfecta para siempre (Heb 7, 27). Pero a esa víctima hemos de unirnos nosotros: «*Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual*»⁷³ (Rm 12, 1). «El holocausto de nuestra existencia corporal, correspondiendo así a la misericordia de Dios que le hizo entregarse a nosotros, constituye la verdadera esencia del sacrificio que, en comparación con el culto sacrificial como rito, es una entrega incomparablemente más radical: la entrega de nosotros mismos en forma de respuesta absoluta a la voluntad de Dios como amor»⁷⁴. Pero, como es normal en el pensamiento tradicional católico, nuestro sacrificio «espiritual» lo es, tiene valor, en cuanto unido al sacrificio de Cristo en la Cruz, que se «actualiza» en el sacrificio eucarístico.

De este modo nos ponemos también al servicio de los demás⁷⁵. La caridad fraterna y la generosidad cristiana se fundan en la vida de Jesucristo, que no «*vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida en redención por los muchos*»⁷⁶. La inmensa misericordia que Dios ha tenido con los hombres, pecadores, es el paradigma al que debemos tender en las relaciones con nuestros semejantes: «*¿No debías tener tú también compasión de tu compañero, como yo la he tenido de ti?*» (Mt 18, 33), dice el rey de la parábola al siervo despiadado⁷⁷. «*Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*» (Mt 6, 12). «*Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro*

73. «Espiritual»: es muy difícil la traducción de este adjetivo, en el texto griego *logikós*. Algunos vierten por «auténtico», considerando el valor que tenía entonces, sobre todo entre los estoicos, puesto que en el NT aparece sólo en Rm 12, 1 y 1 Pet 2, 2. No les falta razón a esos investigadores. Cf. la discusión sobre este punto en WILCKENS, U., *La Carta a los Romanos*, cit., vol. II, Salamanca 1992, pp. 339-340.

74. WILCKENS, U., op. cit., vol. II, pp. 342-343.

75. Cf. Gal 5, 13-16; Heb 13, 16.

76. Mt 20, 28; Mc 10, 45.

77. Cf. CASCIARO, J. M. y MONFORTE, J. M., *Jesucristo, Salvador de la humanidad*, cit., pp. 231-232.

Padre que está en los cielos» (Mt 5, 44-45)⁷⁸. «A quien te pida, dale» (Mt 5, 42). «Gratis lo recibisteis, dadlo gratuitamente» (Mt 10, 8).

A semejanza del don del Padre celestial y del mismo Jesucristo, los cristianos debemos ofrecer la vida por los hermanos: «*En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn 3, 16). «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (Ioh 15, 12-13).*

Conclusión

De la rápida andadura que hemos hecho por los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento me parece que queda evidente una idea: por un designio divino libre y amoroso, Dios da continuos bienes a la criatura humana, desde la creación hasta la salvación y glorificación. Pero al final de tal recorrido salvífico, no es ya que Dios *da*, sino que Dios *se da*. Él mismo a su criatura en la persona del Hijo Unigénito Encarnado. Es la *môria* de la Cruz.

José M^a Casciaro
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

78. Cf. «Por cuanto consta, nadie jamás en la historia había pronunciado palabras semejantes. Las frases más aproximadas que se han podido recoger en las cumbres de la espiritualidad precristiana, o no influenciada por el cristianismo, aconsejan o alaban «no vengarse del enemigo», «no devolver mal por mal», «no alegrarse de su desgracia» (La célebre respuesta de Antígona, en su contexto, quiere decir que ama a quienes, aun siendo entre ellos enemigos, son amigos suyos: «*no he nacido para participar en el odio, sino para participar en el amor*»: Sophocl., *Antígona*, 523)» (GOMA CIVIT, I., *op. cit.* vol. I., pp. 302-3303 y nota 133).